

Chiapas. No renunciaba ni quería renunciar á la conquista de Yucatán, y desde su llegada á Ciudad Real, había pensado en socorrer á los de Champotón, y aun había allegado alguna fuerza destinada á este objeto. Oyendo el extremo á que estaba reducida la guarnición de Champotón, apresuró el alistamiento, siquiera de una compañía, valiéndose de promesas, donativos y ofertas de remuneraciones, y temiendo que cansados de la espera los de Champotón, realizasen su propósito de abandonar aquel puerto, despachó á Alonso de Rosado para que les diese noticia del auxilio que estaba prestando y que indefectiblemente debían recibir. En efecto, la llegada de Alonso Rosado sirvió de mucho aliento, y luego se animaron todavía más con el arribo de Juan de Contreras, que les dió noticias muy satisfactorias.

El refuerzo llegó al fin, y con él provisión de bastimentos, ropa y armas. La conversación de Alonso Rosado y Juan de Contreras, y el auxilio oportuno venido de Chiapas, reanimaron el espíritu abatido de los conquistadores de Champotón, y les hicieron concebir la firme esperanza de dar cima á la empresa comenzada y de recoger el fruto de tantos sacrificios. Se contaba que D. Francisco de Montejo, el mozo, debía venir á encargarse del mando de la expedición, y esto era prenda de buen éxito, atendida la fama que tenía de intrépido é inteligente militar.

CAPITULO XVI

El adelantado Montejo resuelve confiar la conquista de Yucatán á su hijo D. Francisco de Montejo, el mozo.—Lo llama á Ciudad Real de Chiapas. Le sustituye todos sus poderes.—Plan é instrucciones que le da.—Don Francisco de Montejo, el mozo, va á Nueva-España á reunir gente y recursos.—Vuelve á Tabasco por tierra.—Su paso por San Ildefonso de los Mixes.—Se atrae á los capitanes Gaspar y Melchor Pacheco.—Llega á Nuestra Señora de la Victoria.—Se embarca con la expedición para Champotón.—Aporta á Champotón la víspera de Navidad de 1540.—Presenta sus despachos y es reconocido como capitán general.—Emprende la marcha para Campeche.—Orden de marcha.—Armas defensivas de los españoles.—Obstrucción del camino por una formidable palizada. Nuevo método para destruir las palizadas y derrotar á los mayas.—Batalla de Sibochac.—Juan del Rey, médico y herbolario.—Marcha á Campeche.—Convocación de todos los caciques de las provincias de Ahkin-Pech y Acanul.—Resistencia de los dos caciques de Acanul, Naa-Poot-Canché-Canul y Na-Chan-Ché Canul.—Origen de la provincia de Acanul.—Don Francisco de Montejo, el sobrino, sale de Campeche con cuarenta soldados españoles é indios aliados, á sojuzgar la provincia de Acanul.—Los dos gandules.—Derrota y muerte de Naa-Poot-Canché-Canul.—Sumisión de toda la provincia de Acanul.—Fundación de la villa de Campeche en 1541.—Llegada de los capitanes Gaspar Pacheco, Francisco Tamayo y otros.—El ejército de Montejo alcanza á tener cuatrocientas plazas. Marcha al interior.—Entrada á Tenabo.—Residencia en Hechelchakan.—Incendio de Poeboc.—Solemne entrada en Calkiní.—El cacique de Acanul, Nabatun-Canché-Canul, acepta el vasallaje del rey de España.—Larga permanencia del ejército en el pueblo de Tuchicaan ó Tchicaan.

Después de la partida del refuerzo enviado á Champotón, era necesario pensar seriamente en impulsar con vigor la conquista de Yucatán que se encontraba paralizada, y aun en riesgo de fracasar por completo, si una mano enérgica no se encargaba de la obra. El adelantado Montejo, recientemente

te entrado al gobierno de Chiapas, tenía demasiado en qué ocuparse para que pudiese ir personalmente á ponerse á la cabeza del ejército expedicionario y dirigir la nueva campaña. Tuvo entonces un pensamiento feliz: encargar á su hijo¹ de la conquista sustituyéndole todos sus poderes y facultades. Nadie mejor que él conocía las prendas de buen capitán que le adornaban, y no tuvo embarazo en poner en sus manos aquella empresa que tantos pesares le había costado, y en la cual, hasta entonces, no había recogido sino desengaños, tribulaciones y miserias.

Desde Ciudad Real de Chiapas escribió á Nuestra Señora de la Victoria, capital de la provincia de Tabasco, donde el joven Montejo había estado gobernando con notorio buen éxito, mientras su padre había estado sosteniendo á brazo partido las luchas de Honduras con Alvarado y sus secuaces. Parece que, al llegar la carta, D. Francisco de Montejo, el mozo, estaba en Champotón, adonde se había trasladado á visitar la guarnición, y á confortarla, y evitar que se desbandase: allí recibió el mensaje de su padre que lo llamaba con apremio á Chiapas. Apenas recibió la orden, se puso en camino, y en breve se juntó con el Adelantado: conferenció con él, admitió las propuestas que le hizo, y puestos de acuerdo padre é hijo, el primero sustituyó al segundo los poderes que tenía del rey de España para pacificar y poblar de españoles la provincia de Yucatán. El sesudo y prudente adelantado dió á su hijo una instrucción² detallada acerca

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 200.

² Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 201.

de la conducta que debía guardar en todo el curso de la importantísima empresa que iba á iniciar. Esta instrucción que lleva la fecha del año de mil quinientos cuarenta, aunque sin mencionar el mes, es una pieza curiosa y digna de estudio.

Empieza el Adelantado mostrando, como todos los cristianos del siglo diez y seis, esa fe ardiente é inextinguible que era como el timbre más prominente de la época: recomienda que todos los soldados vivan como verdaderos creyentes, separados de vicios y absteniéndose de toda blasfemia.

Agradecido del buen trato que muchos indios amigos de Champotón habían dado á los colonos de la villa de San Pedro, dispone se abra información á fin de averiguar si acaso algunos indios habían sido reducidos á la esclavitud, y que en caso de haberlos, sin contemplación alguna fuesen restituidos á su completa libertad. No es extraño este zelo extremado por la libertad de los indios: estaba entonces en todo su vigor la instrucción dada á la segunda audiencia de Nueva-España, de que no permitiese ni tolerase que se hiciese esclavos á los indios: el obispo D. Sebastián Ramírez de Fuenleal había celado con rigor el cumplimiento de esta orden, persiguiendo con laudable entereza á los que osaban quebrantarla.

Ordenaba también á su hijo que á los indios amigos de Champotón les otorgase exenciones, y entre ellas la relevación de todo trabajo, en remuneración de los auxilios que habían proporcionado á los españoles en los últimos dos años de residencia en la villa de San Pedro:

Que dejando esta villa y su comarca en com-

pleto sosiego, saliese sin demora para Campeche; pero llevando consigo algunos indios caciques y principales de Champotón: que alcanzada la playa de Campeche, congregase á los habitantes del lugar, y les manifestase que el objeto de su venida era poblar Yucatán de españoles, en nombre del rey de España y del adelantado Montejo, enseñar á los indios la religión cristiana, é informarlos por medio de las prácticas de una buena civilización: que á los que aceptasen rendirse á la obediencia de España y se convirtiesen de buen grado al cristianismo, se les ayudaría y gobernaría en justicia; mientras que á los que obstinados rehusasen escuchar la predicación de la nueva doctrina y reconocer la supremacía pública española, los trataría como enemigos:

Que fundada población en Campeche, llamase á su lado algunos indios principales de su comarca, y despidiese á los de Champotón, con excepción de dos individuos de los de más confianza que conservaría en su compañía; y que rodeado de estos indios se dirigiese á la provincia de Acanul, colindante con la de Campeche, en donde contaba con antiguos y fieles amigos: en marchas y entradas el ejército había de estar sujeto á la más severa disciplina, cuidando que ningún daño ó vejación se hiciese á los indios amigos:

Que se avistase con Nabatun-Canché-Canul, caudillo principal de la provincia de Acanul, lo tratase con especiales consideraciones, y le mostrase gratitud y afecto por la amistad sincera y firme que á los españoles había mostrado. Que procurase tenerlo en su compañía, y que por su medio con-

vocase á los caciques subalternos y hombres notables de la provincia, y reunidos les repitiese las manifestaciones é intimaciones hechas á los de Campeche, ensayando de todas veras inclinarlos á aceptar su alianza con preferencia á los desastres seguros de la guerra:

Que de Acanul pasase á T-hó ó Yhcanczihó, y allí fundase una ciudad con ayuntamiento, si la comarca circunvecina fuese adecuada y los habitantes no lo estorbasen. Allí establecería su cuartel general y trabajaría en someter, por medios pacíficos, el resto de la península; pero que, si los procedimientos conciliadores y de persuasión no bastasen, echase mano de la fuerza, haciendo la guerra á los rebeldes en someterse.

A la jurisdicción de Ichcanczihó habrían de pertenecer, después de sojuzgados, los cacicazgos de Acanul, Ceh-Pech, Ah-Kin-Chel, Chakan, Kokolá ó Cochuah, Tutul Xiu y Cupul. Parece que los indios de estas comarcas habían de ser encomendados ó repartidos entre los vecinos de la ciudad que debía fundarse en T-hó: porque, después de expresar el Adelantado que estas provincias habrían de servir á la proyectada ciudad, luego, inmediatamente, hace recomendación especial de que, si otras provincias se sometiesen voluntariamente, se tenga cuidado de no repartirlas, sino esperar á que se les pudiese dar en encomienda en el puerto de Conil. Tal vez tenía el proyecto de fundar otra ciudad en el puerto de Conil, que viniese á ser como la cabecera del distrito del nordeste.

Dispone que á cada ciudad de españoles se asignen lo menos cien vecinos, y que entre ellos

se haga el repartimiento de los indios; porque, siendo estos numerosos, era indispensable contar con un núcleo fuerte de españoles en cada ciudad para mantenerlos sujetos. No obstante, no habían de repartirse los indios todos, sino dejar algunos reservados al rey, y no se habían de tocar las encomiendas que el Adelantado se había adjudicado para sí, y que parece fueron los pueblos de Champotón, Campeche, Telchac y Maní, con todos los pueblos de su comprensión.

Se había de hacer un censo general de los cacicazgos antes nombrados, con expresión del número de habitantes y casas existentes en ellos, y, terminado este padrón general, y en vista de él pasar á la distribución de las encomiendas entre los conquistadores, conforme á la calidad y servicios de cada uno.

Este repartimiento lo mandó hacer Montejo, con facultad que él creía tener de encomendar indios á los conquistadores para que se sirviesen de ellos como hombres libres, (no como siervos), y con la carga de enseñarles la doctrina cristiana, las buenas costumbres, y hacerlos vivir en buena policía. Olvidó sin embargo, Montejo que la concesión de encomendar indios no se había otorgado á él, sino á los dos clérigos ó religiosos que estaba obligado á traer consigo, y éstos no obrando por sí solos, sino de acuerdo con los oficiales reales de la tesorería, á saber: el tesorero, el contador y el veedor. También olvidó que le estaba expresamente prohibido tomar para sí ninguna encomienda, y que la única vez en que podía encomendar indios era cuando se trataba de ponerlos en cabeza de los

oficiales reales, como remuneración de sus servicios, y aun entonces estaba obligado á ponerse de acuerdo previamente con los religiosos ó clérigos.

La instrucción en esta materia de repartimientos era, pues, flagrante violación de la legalidad. Tal vez pensaría el adelantado Montejo que en ausencia de los dos religiosos, llevando la expedición un solo clérigo, y faltando los oficiales reales, debía entenderse tácitamente investido de la facultad de hacer repartimientos. Los españoles de aquella época no juzgaban asequible la fundación de una población en América sin repartir á los primeros pobladores los indios domiciliados en la comarca.

Hay otra injusticia en la instrucción, y es que para la repartición de las encomiendas manda se atiende, no solamente á los servicios prestados, sino también á la calidad de las personas. Fuera de que en una empresa cual la de la conquista no podía haber otros méritos que los servicios prestados en ella, se abría una puerta para postergar á los más beneméritos, y dejar que el favor, el nepotismo y otros sentimientos bastardos predominasen en la provisión de las encomiendas.

Manda la instrucción que ya que las ciudades de españoles estuviesen fundadas, la paz establecida, y los indios aliados ó sojuzgados, los españoles se ocupasen en hacer sus casas, granjerías y labranzas, dando ejemplo, el primero, Don Francisco de Montejo, el mozo. Que los indios fuesen muy bien tratados, instruídos en la religión católica, y desviados suave y prudentemente de las costumbres malas, la idolatría y otros errores y preocupaciones. En este punto, no permite se use de la fuerza, ni de

la violencia: su pensamiento enteramente conforme con la idea del gobierno español, sin cesar repetida y ratificada, es que los indios, por la predicación y buen trato de los españoles, abandonasen insensible y naturalmente todas las prácticas contrarias á la civilización cristiana. Sólo recomienda el castigo y la guerra con los que se opusiesen por la fuerza á la predicación del evangelio y al establecimiento de los españoles en Yucatán.

Con la experiencia tan cara que había tenido el Adelantado de la falta de caminos, ordena que sin demora se proceda á abrir vias públicas de T-hó á Campeche, de T-hó á la costa del norte, y de T-hó á los pueblos principales del oriente y del sur. Termina la instrucción con una rogatoria de mucho encarecimiento, del Adelantado á su hijo, para que no olvide encomendarle los pueblos que se había reservado.

Firmada la instrucción y sustitución de los poderes en Ciudad Real de Chiapas, D. Francisco de Montejo, el mozo, partió á Nueva España ¹ á reunir gente y municiones de boca y guerra que debía llevar á Yucatán. Quiso reunir cuantos recursos tuviese á la mano, pues si esta vez fracasase, todo quedaría perdido para su familia: dinero gastado, honores apetecidos, reputación futura y esperanzas lisonjeras de bienestar. Por su lado, D. Francisco de Montejo, el viejo, se interesaba profundamente en auxiliar á su hijo, animando á varios vecinos de Ciudad Real para que se agregasen al ejército expedicionario. En México se alistaron varios capita-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo 1, pág. 199.

nes y soldados, y otros ofrecieron ir en breve á Yucatán á juntarse con el grueso de la fuerza; algunos conquistadores de Jalisco se animaron también á ir á Yucatán, y el virey concedió permiso, para que algunos indios mexicanos se adhiriesen al ejército de Montejo. Este no quiso dilatarse esperando á todos los comprometidos y con la gente que pudo reunir emprendió su regreso por tierra á Tabasco, hasta llegar á Nuestra Señora de la Victoria, en donde debía reunirse todo el ejército antes de marchar á Champotón.

En su viaje de regreso pasó por la villa de San Ildefonso de los Mixtecas, ¹ población recién fundada por los capitanes Gaspar y Melchor Pacheco, padre é hijo, caballeros de ilustre prosapia é hijosdalgos ² que á sus expensas habían tomado parte en la conquista de Nueva España, y que se habían ilustrado principalmente en las campañas que sostuvieron con los indios zapotecas y mixes que ocupaban Oaxaca y el istmo de Tehuantepec.

La villa de San Ildefonso de los mixes, como recién fundada, apenas tenía treinta vecinos españoles que habitaban sus casas de madera y paja, sin más respiradero que la puerta. Los Pachecos, á pesar de su osadía y valor temerario, no habían conseguido domeñar la fiereza de los mixes, que les daban guerra sin tregua. Allí ensayaron estos Pachecos un medio de ataque, que después también usaron en Yucatán: Era el de los perros de presa: amaestraban á estos animales tan diestra y perfectamente, que con ellos ya no necesitaban de centi-

¹ Probanzas de D.^a María Josefa Fernández Buendía y Solís.

² Cogolludo *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 200.

nelas ni retenes. Los perros velaban y cuidaban la villa, y tan pronto como veían un indio, con sus ladridos despertaban á los soldados, en tanto que se abalanzaban sobre el enemigo como tigres hambrientos, lo mataban y se lo comían. Empleábanlos también en los combates, y los indios llegaron á temerles como espantables bestias, cuya sola vista les hacía temblar. Cuéntase que el cacique de Mixitlan de los mixtecas, peleando como guerrillero, mató á varios españoles é indios zapotecas. Gaspar Pacheco salió en persecución suya con un piquete de españoles, llevando el ardiente propósito de aprehender al cacique rebelde; mas este siempre vivo, perspicáz y alerta, hostigaba sin cesar á su adversario con ataques imprevistos, y luego huía á esconderse á las selvas ó abruptas sierras. Desesperado Gaspar Pacheco de no haber cogido á su ágil enemigo que se le escapaba siempre como un gamo quiso aprovechar la aprehensión de un soldado mixteca y por su medio averiguar el escondite de su jefe. Sujeto á juicio el prisionero, se había comprobado, que era esclavo del cacique, espía enviado á atisbar los movimientos de los españoles, y había además tomado parte en la muerte de varios conquistadores. Fué condenado al último suplicio; pero antes de ejecutarle, quiso probar con él Gaspar Pacheco si la esperanza de la vida le reducía á descubrir á su señor. Preparado el suplicio, puesto en el cadalso el prisionero, se sacaron á su vista los perros que habían de arrancarle las entrañas. Gaspar Pacheco le ofreció perdonarle la vida, y tomarle por compañero suyo si revelaba el escondedero del cacique de Mixitlan. Grande fué la decepción,

de Pacheco oyendo al prisionero decir con entereza que no descubriría á su señor, que hiciese lo que quisiese. Siguió con persuasiones, con amonestaciones, con amenazas y el indio firme en su resolución; le echaron los perros azuzándolos, se le arrojaron fieros desgarrándole los molledos de los brazos y piernas, y el bravo mixteca, como ageno de todo dolor mirando á los perros con serenidad les dice: «Oatecanes, comed bien, que así me pintarán en el cuero del tigre, y quedaré pintado por hombre bueno y valiente que no descubrí á mi señor.» Aludía á la costumbre de los mixtecas, de conservar en pintura sobre pieles, las hazañas de sus héroes, guerreros, sacerdotes y hombres eminentes.¹

Con este linaje de hombres combatían los Pachecos, cuando D. Francisco de Montejo, el mozo, llegó á San Idefonso, de paso para Tabasco. Gaspar Pacheco debía ser compañero del adelantado Montejo como Melchor Pacheco lo sería de D. Francisco de Montejo, el mozo. Todos habían militado bajo las banderas de Cortes. El capitán Montejo conocía todo el valer de los Pachecos como soldados bizarros y entendidos capitanes, y así les rogó, les instó é invitó á que viniesen con él á Yucatán, alistándose en la expedición que se estaba preparando. No sabemos si los Pachecos ya estaban cansados de la lucha con los mixtecas ó si se alucinaron con la pintura de seguro muy dorada y halagüeña que Montejo debió hacerles de la tierra de Yucatán. Cierto es que los valientes capitanes resolvieron

¹ Herrera. *Historia de las Indias Occidentales*, tomo III, pág. 187.

abandonar el antiguo terreno de sus hazañas y venir á ligar su suerte para siempre con la tierra yucateca, de donde vinieron á ser posteriormente ciudadanos y tronco de la nueva raza que había de poblar el país.¹

Regocijado D. Francisco de Montejo, el mozo, con la promesa solemne que le hicieron los Pachecos de alcanzarle en Campeche con todos sus soldados, criados y escuderos, salió de San Ildefonso rumbo á Nuestra Señora de la Victoria. Al llegar allí, encontró á muchos que de Chiapas habían venido para alistarse en la expedición. La noticia de que él tendría el mando de las fuerzas que debían operar en Yucatán, le atrajo muchos soldados: le sabían valiente, discreto, prudente, liberal, joven y audáz, y nadie temía malgastar en su servicio, sus fuerzas, salud y recursos; confiaban que sus trabajos serían bien ponderados y remunerados, y esta persuasión les animaba á sentar plaza en la milicia expedicionaria. D. Francisco de Montejo, el mozo, tampoco perdonó esfuerzo alguno, gastó todas sus economías y ganancias en municiones, bastimento, provisiones, armas y caballos, y luego que todo estuvo aparejado, se embarcó con su pequeño ejército en el navío de Diego de Contreras, el viejo, y de Nuestra Señora de la Victoria, se hizo á la vela á fines de 1540 para Champotón, dónde incesantemente era esperado como tabla de salvación.

Llegó D. Francisco de Montejo, el mozo, á Champotón, víspera de Navidad del año de 1540²

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 200.

² *Probanza hecha por García de Medina, vecino de Mérida de Yucatán*, respuesta á la segunda pregunta del testigo Bartolomé Rojo. La relación de Hernando Muñoz Zapata encomendero de Oxkutzcab, de 21 de Febrero de

con sesenta soldados procedentes de Nueva España y Chiapas. Encontró en el lugar de jefe á su primo Francisco de Montejo, con la guarnición reducida á veinte y cinco ó treinta hombres, si bien todos ellos esforzados y valientes hasta la temeridad como Gómez de Castrillo, Alonso Rosado, Juan de Contreras, Juan de Magaña, Juan de Parajas, Juan López de Ricalde, Pedro Muñoz y otros, para quienes no había obstáculo ni impedimento si se trataba de obedecer al caudillo, ó de realizar una hazaña. Presentó allí sus despachos, y reconocido como capitán general, no quiso detenerse en Champotón sino el tiempo necesario para que la gente descansase de las fatigas del viaje de mar. No era menor el ansia que agitaba á los vecinos de Champotón para entrar de lleno en la conquista: fastidiados con la espera de dos años y medio en que habían permanecido relegados al ocio y al tedio, ardían en deseos de entrar en campaña.

Con tan buenos auspicios, el capitán general Montejo dió sus órdenes para que el ejército se pudiese en camino. Abrían la marcha, como batidores, los indios mejicanos que había traído, y los mayas amigos que se prestaron á formar parte de la expedición: en seguida iban los españoles de á pié y de á caballo, bien pertrechados y con defensas suficientes á embotar las flechas y otras armas del enemigo. Los ginetes llevaban unos sayos

1581, dice que Don Francisco de Montejo, hijo, llegó á Champotón, año de 1540; que de allí pasó á Campeche, donde llegó por San Francisco, el mismo año de 1540; que el día de año nuevo siguiente (1541) pobló y asentó la villa de San Francisco de Campeche; que dos ó tres meses antes de Navidad de 1541 llegó á Mérida; y que el día de año nuevo de 1542, fundó la ciudad de Mérida.

acolchados de faldas largas, llamados escuypiles, que les cubrían hasta la rodilla. La colchadura era de algodón y sal, entre dos telas basteadas; cubríanse los pies con unos faldones también acolchados, y en la cabeza llevaban unos morriones con baberoles ó antifaces de la misma colchadura, que apenas les dejaban libres los ojos. Iban armados con espadas y lanzas ginetas, y los caballos cubiertos de una caparazón acolchada de algodón, que los defendía perfectamente de la lluvia de flechas; que sin este resguardo los hubiera inutilizado desde el principio de cada batalla. Los infantes se dividían en ballesteros y arcabuceros, unos y otros vestidos de escuypiles que les llegaban hasta las pantorrillas, morriones colchados en la cabeza, y baberas para defender la cara. La experiencia adquirida en las batallas anteriores les hizo valerse de estos medios de defensa.¹

El capitán general, si bien aparejado para cualquier encuentro, pensaba que saldrían á encontrarlo al camino los indios amigos de que su padre le había hablado. Su decepción en este punto fué completa, los hechos vinieron á probarle que los mayas no habían desmayado ni un ápice de su vigor y energía en mantener la incolumidad de su suelo pátrio. Apenas hubo salido de Champotón y caminado algunas leguas, encontró cerrado el paso por un gran número de indios parapetados detrás de formidables albarradas, trincheras ó estacadas. Esta fortificación estaba formada como era costumbre de los indios hacerlas en sus guerras, cuando es-

¹ *Relación del cabildo de la ciudad de Mérida*, hecha por D. Martín de Palomar el 18 de Febrero de 1579.

peraban al enemigo. Hacían una prolongada palizada en forma de media luna, entretejida y atada con bejucos á los árboles del bosque, la cubrían con ramaje espeso, de modo que se ocultase á la vista, y dejaban una entrada amplia y espaciosa del lado donde esperaban al enemigo; éste, si no andaba con cautela, se adelantaba y se metía dentro de la media luna, no teniendo nada que pudiese alarmarle, pues la estacada estaba bien cubierta, y los guerreros ocultos detrás de ella aguardaban en silencio que el enemigo hubiese entrado en la celada. Una vez encorralado entre aquella palizada, los indios emboscados flechaban por todas partes, arrojaban lanzas, piedras y cuanto podía dañar. En la primera entrada de los españoles á Yucatán, fueron víctimas de esta estratagemas de los mayas; se colaban incautamente dentro de aquellas emboscadas, y metidos en ellas eran acribillados por los indios á mansalva. Es verdad que hacían rostro firme y arremetían con furia en busca del taimado y cubierto enemigo; pero mientras se arrojaban sobre la palizada para desbaratarla, mientras subían por la albarrada y pasaban de la otra parte donde los indios estaban, mientras cortaban y desataban los palos para batirse cuerpo á cuerpo con los indios, estos aprovechaban el tiempo en dar certeros golpes, en tanto que se juzgaban á cubierto: luego escapaban, pero después de haber causado pérdidas lamentables á los españoles.¹

En esta tercera entrada, el capitán general Montejo, aleccionado por una luctuosa experiencia,

¹ *Relación del cabildo de la ciudad de Mérida*, hecha por D. Martín de Palomar el 18 de Febrero de 1579.